

A movie poster for Disney's 'Frozen II'. The central figure is Anna Bright, a young woman with short, spiky white hair and blue eyes. She is looking slightly to the left with a gentle expression. She has large, translucent, iridescent wings with intricate white patterns. The background is a deep blue and purple sky with falling white snowflakes and glowing, ethereal light patterns. The overall mood is magical and serene.

ANNA BRIGHT

Disney

ALAS DE
ENSUEÑO

ANNA BRIGHT

Disney
ALAS DE
ENSUEÑO

LIBROS Disney

© 2026 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Gema Bonnín Sánchez, 2026
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
Primera edición: septiembre de 2026
ISBN: 979-13-87901-81-3
Depósito legal: B. 8.063-2026
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÚLTIMO DÍA DE OTOÑO EN TIERRA FIRME

El Bosque de la Escarcha resplandecía como un diamante al sol invernal el día antes de que las hadas del Invierno tuvieran que cruzar el Mar de Nunca Jamás. La nieve y los témpanos de hielo lo cubrían todo, desde las ramas de los árboles hasta sus copas, como resultado de las prácticas y los ejercicios con los que las hadas se preparaban.

Al día siguiente, Periwinkle y las demás hadas con los dones y talentos invernales abandonarían su tierra para llevar su estación a Tierra Firme. Esa jornada era el último día de otoño allí, el final de aquella temporada de luz dorada, ricas cosechas, alfombras de hojas

anaranjadas y rojas y toda una serie de elementos que Periwinkle solo había podido atisbar en su etapa final.

Dependía de ella y de sus amigas que quedara marcado el cambio de estación: debían pastorear a los animales hasta los rincones de hibernación, quitar las últimas hojas de los árboles, cambiar el color de la tierra y el cielo y hacer que los copos de nieve cayeran en espiral desde las nubes para arropar al mundo con un manto de escarcha.

Con el invierno, los humanos se refugiaban en los interiores y la naturaleza se replegaba para dormir después de un largo año de crecimiento y creación. Las hadas que se quedaban en el Bosque del Invierno también podrían descansar: en cuanto las hadas de la naturaleza llegaran a Tierra Firme, daría comienzo el Festival de la Helada para las hadas que se quedaban.

Pero ni Periwinkle ni sus amigas podían permitirse el lujo de descansar todavía. Tenían una ajetreada y emocionante temporada invernal frente a ellas, además de talentos que debían rescatar y desempolvar después de una primavera y un verano largos y perezosos.

Y, para eso, tenían que practicar.



—Preparados...

Gliss contaba una a una. Las alas de Spike rozaron las de Periwinkle con un ávido aleteo. Flotaba a su lado en un claro junto a sus dos mejores amigas, observando cómo la luz del sol se transformaba al otro lado de sus párpados cerrados.

—Listos...

Eso era lo único que veía cuando cerraba los ojos durante el día: luz u oscuridad.

No sería hasta que los cerrara por la noche, dispuesta a dormir, cuando vería cosas completamente diferentes.

—¡Ya!

Periwinkle abrió los ojos. El Bosque de la Escarcha brillaba a su alrededor, con sus árboles de hoja perenne y los abedules plateados sobre ella, rodeados de maleza congelada y estanques helados a sus pies. Una brisa tras ella le indicó que Gliss y Spike habían echado a volar en direcciones opuestas del bosque. Spike hacia el Claro del Enebro y Gliss hacia la Plaza de la Luz Nívea.

Y, cuando Periwinkle viró hacia el lado del bosque que daba al Monte Domo de Nieve, recordó que también había estado en el Bosque de la Escarcha la noche anterior... en sus sueños.

Al principio, todo lo relacionado con los sueños le resultó confuso, y los pocos libros sobre sueños que tenían los humanos y que había procurado consultar en secreto en el Salón del Invierno no le habían aclarado gran cosa. Pero ahora sus sueños tenían más sentido. La mayoría transcurrían como si hubieran sacudido su vida diaria para deshacerla y reconstruirla por medio de una historia solo lógica en parte.

Gliss, Spike y ella habían dedicado todos los días de las últimas semanas a practicar, así que era de esperar que soñara con ello por las noches. Eso sí, en sus sueños, cada vez que intentaba congelar un árbol o un matojo, lo recubría con azúcar en vez de con nieve. Se había vuelto completamente loca intentando crear escarcha para descubrir que lo único que había conseguido era glasear un pino.

Al recordarlo, Periwinkle comprendió por qué le había dado an-

tojo de un rollito de canela de la pastelería de Lattice nada más abrir los ojos.

Qué raros eran los sueños. Pero qué maravillosos también.

En los márgenes del claro, el primer árbol que alcanzó fue un abeto de cuyas hojas en forma de aguja se desprendía cierto aroma picante. Al posar las palmas en él, Periwinkle sintió cómo su magia despertaba y se expandía como si estuviera exhalando un suspiro antes de que una reluciente capa de escarcha revistiera las agujas, las ramas y el tronco del abeto.

Al cabo de un segundo, lo dejó atrás. Le tocaba el turno a un esbelto abedul plateado, y después a un grupo de arbustos. En lo alto de los árboles había más hadas poniendo en práctica sus dones: las de los copos de nieve desplegaban capas de nieve sobre la corteza o cincelaban copos que hacían caer al suelo dando volteretas, mientras que las que tenían el talento de los carámbanos y témpanos de hielo practicaban haciendo que colgaran de las ramas, relucientes y cristalinos.

Periwinkle volaba sin parar, atravesando el bosque en línea recta mientras escarchaba cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Casi todo lo que había en el Bosque del Invierno estaba ya cubierto de hielo y nieve, pero Periwinkle y sus amigas estaban aprovechando la última ocasión que tendrían de ejercitar la velocidad y desatar la energía necesarias para escarchar campos y bosques enteros, casas y pueblos en su totalidad.

—¡Hecho! —anunció Spike a lo lejos, pero acercándose cada vez más, de vuelta a la explanada en la que habían empezado.

—¡Yo también! —vociferó Gliss, a lo que siguió una breve pausa—. ¿Periwinkle?

—¡Hecho! —informó Periwinkle un segundo después; se había distraído.

Regresó guiada por las voces de sus amigas, y una pequeña chispa se encendió en su corazón al ver que la estaban esperando.

Ellas eran las de siempre. Solo Periwinkle, que escondía esa nueva faceta onírica de su vida y la guardaba en secreto, había cambiado.

Las chicas trabajaron en el Bosque de la Escarcha el resto del día, mejorando su técnica cada vez que tenían oportunidad. A veces trabajaban solas. Otras veces, juntas. A veces, se centraban en mejorar la velocidad en caso de que un humano apareciera; otras, priorizaban la atención al detalle.

Para cuando el bosque se sumergió en el océano de púrpuras y violetas del crepúsculo, ya se sentían preparadas. Spike y Periwinkle debatían acerca de un truco que habían usado sobre un grupo de helechos cuando Gliss interrumpió la conversación con un susurro cargado de urgencia y su plateada cola de caballo agitándose sin parar, como si sintiera la misma emoción que su dueña.

—Peri, Peri, allí. —Gliss señaló algo detrás de ella, en dirección a un macizo de abetos. Sonreía ampliamente—. Fíjate. Es Fletcher, con los chicos.

Fletcher. Periwinkle suspiró.

—No mires, ¡no mires! —le susurró a Spike, que, cómo no, miró. Spike puso los ojos en blanco.

—Oh, no, Periwinkle, pero si es el duende más mono del Bosque del Invierno. Oh, no, que todo el mundo deje lo que está haciendo y pierda los estribos —dijo ella, sin molestarse en bajar la voz.

Periwinkle quiso que se la tragara la tierra.

—¿Pretendes que te oigan hasta en las estaciones cálidas o qué?
—siseó.

Pero era imposible convencer a Spike de que fuera sutil. Así que cuando Gliss empezó a dirigirse hacia los chicos, Periwinkle se obligó a girarse para ver cómo saludaba a Aguanieve y Trineo. Y, por supuesto, a Fletcher, amigo de Trineo.

Aguanieve fue el primero en bajar de su tabla de *snowboard*, con su característica sonrisa relajada en los labios. Su don tenía que ver con los glaciares, pero, a juzgar por lo desaliñado de su pelo y lo descuidado de su ropa, no parecía que hubiera estado practicando mucho.

—¡¿Dónde has estado haciendo *snowboard*?! —preguntó Spike a voz en grito, ahuecando las manos en torno a la boca—. ¿En La Deriva? ¿En el Monte Domo de Nieve?

Aguanieve compuso una mueca mientras se ponía el gorro en la cabeza.

—Sí, claro. Si hubiera querido jugármela me habría ido a la Roca Calavera.

Su otro amigo, Trineo, tenía el don de los animales. De tez pálida y cabello oscuro, hacía gala de un encanto natural que nunca le fallaba. El pelo de animal que le recubría la camisa sugería que Fletcher y él habían estado despidiéndose de la familia de conejos favorita de Trineo, cerca del Claro de la Cresta Helada.

Y Fletcher... Bueno.

Básicamente, fijó la mirada en Periwinkle nada más llegar a la Hondonada y decidió que eso bastaba para quedar prendado de ella.

Periwinkle aún no sabía qué pensar al respecto.

—Oye, en serio —empezó Spike, girándose hacia Periwinkle—, ¿Fletcher alguna vez deja de sonreír?

—Venga ya, Spike. Solo es... simpático. —Qué poco le gustó a Periwinkle lo estrangulada que sonó su voz.

—Es como un cachorrito —prosiguió Spike—. Pero supongo que si quieres a alguien que te mire con adoración y te siga allá a donde vayas y te babee entera...

—La metáfora se te está yendo de las manos —cortó Periwinkle.

—Sois irremediables —dijo Spike—. Qué aburrido. Él es aburrido. Pero tú eres guapa y él es guapo, y todos sabemos a dónde lleva eso, así que... En fin, haz lo que te parezca.

Cuando Gliss y los chicos cruzaron la explanada para acercarse a ellas, Periwinkle aprovechó para estudiar a Fletcher de manera objetiva.

Y era objetivamente hermoso. Piel clara, buen pelo, ojos verdes, complexión recia. Tenía un don para los témpanos y carámbanos de hielo, y era conocido por ser alguien directo y alegre, siempre agradable con todo el mundo.

Agradable. Bonito. Casi parecía que se estaba refiriendo al tiempo o a algún animalillo simpático.

Y había otra cosa. Periwinkle soñaba con sus amigos todo el rato: Spike, Gliss y Dewey, el Guardián que se ocupaba del Salón del Invierno. Trineo y Aguanieve también aparecían alguna que otra vez.

Pero no había soñado con Fletcher ni en una sola ocasión. Y, sin embargo, de alguna manera, tenía la impresión de flotar hacia él, como el suave y lento deslizamiento de un glaciar recién quebrado.

—Oye, a ver qué os parece... —empezó Gliss, con los brazos estirados y una amplia sonrisa iluminando su rostro.

—No —se adelantó Spike—. No. Los chicos no están invitados.

—Bueno, no es que fuera a invitarlos... —trató de defenderse Gliss.

—Mejor. —Periwinkle suspiró aliviada. Se giró para explicarles el asunto a Aguanieve y Trineo, procurando no mirar a Fletcher, que se había colocado a su lado—. Esta noche es nuestra última noche de chicas antes del viaje a Tierra Firme. Vamos a charlar, a tomar aperitivos, a ponernos mascarillas heladas y a irnos a dormir pronto...

—Gliss ha dicho que a lo mejor podríais pasaros por la fiesta de preparación de copos de nieve del Claro del Enebro —aventuró Fletcher con una amigable sonrisa—. Podría ser divertido.

Gliss compuso una mueca de culpabilidad. Periwinkle le dirigió una mirada torturada.

La habían invitado, claro. A Periwinkle siempre la invitaban a todas partes. Y las fiestas de preparación eran divertidas.

Pero Periwinkle había pasado un otoño muy largo y le apetecía pasar la noche en casa con sus mejores amigas.

También tenía ganas de pasar la larga noche soñando.

—Peri, ya sabes que no tenemos por qué ir hoy si no quieres —dijo Spike.

Miraba a Periwinkle con suspicacia, como si se le estuviera ocurriendo algo. Gliss alzó una mano.

—Eh, yo creo que sí, ¿eh?

Y entonces Spike y ella se enzarzaron en sus historias, más deprisa de lo que nadie excepto Periwinkle, que no pudo evitar reír, podía registrar.

—Bueno —empezó Fletcher mirándola—. ¿Qué opinas? Podría ser divertido salir por ahí.

Desde luego, sus ojos tenían una preciosa tonalidad esmeralda.

Cuando Periwinkle asintió a modo de respuesta con una sonrisa, la de él fue tan brillante como el sol.

—Supongo que sí —contestó ella—. Si al resto le apetece.

No se le ocurrió qué más decir. Fletcher ya le estaba preguntando acerca de la fiesta, pero también estaba indagando acerca de algo más.

Todos sus amigos estaban convencidos de que ella y Fletcher pegaban mucho. Y ¿quién podía saberlo? Quizá Periwinkle no tuviera por qué sentirse segura al respecto. Quizá sus amigos la conocieran lo suficiente como para que pudieran estar seguros por ella.

Pero los amigos de Periwinkle no sabían que nunca había soñado con Fletcher. No sabían que estar con él no era como dejarse mecer con suavidad por los brazos del sueño, ni como levantarse bien despierta después.

Tal vez sus amigos tuvieran más cabeza que ella. Pero había algo en la manera que Fletcher tenía de mirarla en momentos como ese que hacía que Periwinkle sintiera como si llevara un rato mirando el techo tras una noche frustrante de insomnio, deseosa de poder dormir.